

Medellín, octubre 9 de 2017

DISTINCIÓN JOSÉ FELIX DE RESTREPO - EGRESADO SOBRESALIENTE

Señores (...)

Difícil expresar en este momento lo profundo de mis sentimientos cuando intento agradecer a la Universidad de Antioquia la distinción que me otorga al seleccionarme como Egresado Sobresaliente.

Con solo pensar en los cientos, miles de egresados de esta importantísima institución, verdaderamente destacados, que podrían haber sido merecidamente seleccionados antes que yo, es por lo que no encuentro las adecuadas palabras de agradecimiento. El impacto y la sorpresa que me causó la noticia, emoción que todavía perdura, es tal vez lo que no me permite razonar como quisiera. Con la impresión que siento, me es difícil expresarme con sensatez, que es como se deben mirar y recibir los diferentes aconteceres de la vida.

De manera inevitable, cómo no, doy un salto atrás en el tiempo, intentando reconstruir mis años de estudiante de Economía. Cursé mi bachillerato en el Liceo de la Universidad, y llegué a la facultad con la cabeza llena de inquietudes, como creo que le sucede a todos los jóvenes del mundo. Por influencia de mi madre, los tres últimos años de la secundaria los había dedicado a leer, de manera compulsiva, literatura, poesía, filosofía, teología y, digamos, ensayos de cualquier clase. Lo que caía en mis manos lo devoraba literalmente. De esas lecturas desarrollé, y pido perdón pues no quiero que suene afectado lo que voy a decir, pero es verdad, desarrollé una cierta angustia existencial, que, debo ahora admitirlo, nunca se fue de mí del todo. Hoy, por ejemplo, lo digo de una manera que a mi parecer no deja duda alguna, en todos mis versos, sí, sin excepción. Sí, hasta hoy, igual. Cuestionar, de manera interminable, cuál es mi verdadera razón

de existir. Porque vine a este mundo sin que nadie antes me lo preguntara, y porque a todos nos espera la misma muerte, a todos la misma nada y el eterno olvido. Y esto sin poder evitarlo, en lo más mínimo, todo de manera irremediable. Nacer y morir, ah, que dolor, que tristeza, igual, igual.

De ese cúmulo de lecturas había concluido, así mismo, y sin duda un poco curiosamente, ingenuo que era yo entonces, ingenuo que soy ahora, que quizás con lo que llamaban las ciencias económicas, bien aplicadas, tal vez más que con cualquiera otra ciencia, era posible cambiar el mundo, redimir de la pobreza a millones de seres humanos. Y así, después de un año dedicado casi que exclusivamente a esa meditación, me decidí a estudiar esa nueva ciencia para mí, con el mayor ahínco posible.

Luego de terminar la carrera, digamos que con calificaciones bastante dignas, por suerte, he llevado una larga vida y durante ella han cambiado, de manera estructural muchas, muchísimas cosas.

Intentaré, por lo tanto, un breve recuento: Llegó el hombre a la luna, aparecieron los computadores, esa verdadera maravilla tecnológica, tanto que este planeta es otro desde entonces, apareció después otro avance científico que no sé si calificar como uno de los más grandes que ha vivido la humanidad en toda su historia, el Internet, la Red como se le llama genéricamente, y al fin los hombres pudieron estar cerca, muy cerca, los unos de los otros, informarse, tener a la mano, casi todo el conocimiento del mundo. Y para completar tan extraordinario invento, también surgió, quién lo creyera, un nuevo dios en el firmamento, el dios Google, el que todo lo sabe, el omnisciente, el omnipotente, el que está en todas partes, el que no duerme nunca. Y como uno de sus hijos en esta mitología de nuevo cuño, apareció Wikipedia, nada menos, la que acabó con mis amadas enciclopedias, la que se reinventa a cada segundo, la que es la mejor expresión que puede haber de una economía colaborativa. Y después, ya en una verdadera y gigantesca explosión, como un nuevo Big Bang, se inventan miles de aplicaciones, maravillosas, sorprendentes hasta no creer, y se crean millones de

sitios, y entre todos ellos uno que a mí me divierte mucho, y perdón por la broma, se trata del Rincón del Vago.

Y qué pienso ahora, al final de mi vida: de la economía de mercado o capitalismo con el que he vivido todos estos años. Que sus resultados han sido de una inmensa variedad, que hoy tenemos países ricos y sociedades prósperas, que ha habido un crecimiento mundial de la clase media, pero que hay, igualmente, una dura presencia de la pobreza en muchas naciones y, entre todas ellas, entre ricos y pobres, a nivel mundial, una gran desigualdad en la riqueza. Que el capitalismo no ha encontrado el camino para reducir esa brecha; que tampoco, buscando una solución, ha logrado crear impuestos mundiales; que a pesar de ingentes esfuerzos no ha sido posible acabar con los paraísos fiscales, y para muestra un botón, aquí, muy cerca, con los Panamá Papers, esa colosal vergüenza internacional, y que ahí siguen, pues, esos paraísos y no se sabe hasta cuándo.

Y que hoy ese capitalismo en el que estudié y viví, está experimentando una verdadera revolución: la economía de la información, del Internet, de las redes, nos ha llevado a algo que podríamos llamar ya como el postcapitalismo: la Revolución Industrial 4.0, el internet de la cosas, la robotización, los vehículos sin chofer, las monedas virtuales –el bitcoin–, y si a todo eso le agregamos que el internet nos llevó a la aparición de las redes sociales, medio en el cual cada uno escribe lo que le parece, la mayoría de las veces amparado en el anonimato, donde se dan opiniones o escritos con frecuencia de alcantarilla, y que, tristemente, tal vez este fenómeno, para bien o para mal, ya no podrá cambiarse. Y que él modificó, definitivamente, la manera de informarse. Cientos, miles de periódicos y revistas han muerto, lo que antes llamábamos una opinión seria e informada ya prácticamente no existe. Que vivimos ahora, en consecuencia, la sociedad de la post verdad, es decir, de la mentira, de las noticias falsas –*fake news*–. Que el Nuevo Mundo es hoy el de WhatsApp, Facebook, y el del Twitter de Santos, Uribe y Trump, todos ellos literalmente pegados al teléfono disparando trinos, como que sin el Twitter no hubiese salvación.

Esta irrupción digital está, a mi modo de ver, destruyendo el capitalismo clásico, el capitalismo que hasta ahora habíamos conocido. Las grandes cadenas comerciales, sustentadas en el ladrillo y el cemento, están siendo sacudidas por un terremoto, las tiendas se cierran porque los compradores encuentran, en el gigante de internet Amazon, mejores precios que en cualquier otra parte. Las largas colas que se hacían para comprar los teléfonos inteligentes, desaparecieron. Y de todo esto que aquí describo, surge un extraordinario fenómeno, una nueva clasificación para los hombres: ahora ya no somos, hay que aceptarlo, con la mayor humildad, el *homo sapiens*, ahora somos, y quizás para siempre, el *homo celularis*. Toda nuestra vida, todo nuestro existir está ya indisolublemente unido, amarrado, fundido al celular. Un matrimonio que, ese sí, durará hasta la muerte. Perdón, me corrijo, seguro pediremos que nos entierren con nuestro amado e inseparable celular, porque a lo mejor, y esa será nuestra última esperanza antes del juicio final, lo podremos utilizar en la otra vida. Nunca se sabe, por Dios o por el Diablo, nunca se sabe.

Pero aún hay más, el joven que ingresa hoy a la universidad deberá saber, de antemano, que su información, sus datos, los de su novia, los de su familia, los de la ciudad en la que vive, los de todo el planeta, están ya en la nube, en el *cloud computing*, y que hoy, ya es verdad, lo que predijo George Orwell, en 1984: que el Gran Hermano lo estaría vigilando, y que, en verdad, su intimidad, su privacidad, desapareció irremediablemente. Que ahora vive en un mundo completamente distinto al de sus padres. Pero que, no obstante tan dramática realidad, todavía puede, todavía debe soñar, que es, pues, una obligación, que él sí será capaz, ya que nosotros lo intentamos y no lo fuimos, de cambiar este mundo.

Bien, después de estas reflexiones, cómo debería terminar mis palabras. Que estuve, estoy y estaré inmensamente agradecido con mi universidad; que me hace un inmenso honor con la distinción que me ha otorgado; que el mundo del conocimiento era infinito cuando a ella ingresé y que hoy es, sorprendentemente, más infinito, y que cada día será más y más infinito, si es

que cabe decirlo de esa manera, pues el mundo del conocimiento no tiene, nunca tendrá fin. Y que en ningún otro lugar de este planeta es posible acercarse a esa extraordinaria realidad si no es en una universidad, por ejemplo, en esta bella e inolvidable Universidad de Antioquia.

Mil gracias,

Jorge Valencia Jaramillo